

venia á buscar, porque de otra suerte no se habrian reunido tres grandes potencias para organizar simultáneamente una expedicion dirigida á las remotas playas del Golfo de México. Suponiendo sin conceder que sea enteramente exacta esta observacion, de ninguna manera se deduce de ella que la reparacion de agravios debiera convertirse en intervencion directa, hasta el extremo de imponer al país invadido un gobierno anómalo é instituciones exóticas. Para llegar á esta conclusion, se necesita la lógica especial del ministro de Estado, quien en un sorites admirable va sentando: que para obtener reparacion de agravios, era preciso avanzar hasta la capital de la república; que avanzando hasta la capital de la república, era imposible tratar con Juarez; y que no tratando con Juarez, habia necesidad de organizar otro gobierno, que prestase garantías y condiciones de seguridad. El buen juicio del lector calificará la verdad de cada una de estas proposiciones, en las que no se llega todavía, por bondad de Mr. Rouher, hasta la conversion en monarquía de la forma republicana, y hasta la proclamacion de un príncipe extranjero, á falta del cual está autorizado Napoleon para mandarnos al primer pretendiente pobreton que encuentre á mano.

Siguiendo el órgano imperial en su curioso análisis de la convencion de Lóndres, asentó que llegada la eventualidad de constituirse en México un nuevo gobierno, la Francia se propuso que se hiciera por medio del sufragio universal, de la soberanía nacional, que es el principio vital del gobierno frances. Demasiado sabe ya todo el mundo cómo practica el gobierno frances, en su propio país, ese principio vital, que procura falsear cuantas veces conviene á sus intereses. La aplicacion del principio en México ha sido todavía mas escandalosa, como que el sufragio universal, la soberanía de la nacion, se han dado por representados con el voto de tres-

cientos miembros del partido vencido con las armas y con la razon, los cuales ademas recibieron su nombramiento, no del pueblo, única fuente legítima de poder, sino del gefe expedicionario. Entre otras pruebas de que la farsa del establecimiento de la monarquía y de la eleccion del archiduque austriaco, á pesar de suponerse cosas espontáneas en México y emanadas del voto nacional, estaban frangolladas ya de antemano en la política napoleónica, tenemos el dato irrefragable de haberse trabajado en este sentido con mucha anticipacion, cuando nadie podia presumir el amor súbito de los notables á la monarquía, desconocida de todo punto para la actual generacion; y el entrañable amor á Maximiliano, de cuya existencia ni noticia tenia la casi totalidad de los mexicanos.

De las citas que hizo Rouher de varios documentos diplomáticos, lo único que se saca en limpio es que, el caso considerado por la Inglaterra y por la España de buena fé como una simple eventualidad, y con insigne doblez por la Francia con el propio carácter, no era por parte de esta última potencia sino una combinacion premeditada y desleal, que en aquellos momentos se proponia llevar á cabo, aun faltando á estipulaciones sagradas, si bien en la política de Napoleon ha habido luego las infinitas variaciones y explicaciones á que se presta su carácter veleidoso, no ménos que la falta de plan fijo en la cuestion, segun ha tenido él mismo la impudencia de confesarlo.

Vuelve el ministro de Estado á faltar á la verdad de una manera escandalosa, al afirmar que la nota enviada á México con tres oficiales de las naciones aliadas contenia un ultimatum. Nadie ignora ya que cabalmente por haber parecido á los plenipotenciarios español y británico enormemente exagerada la cifra de doce millones, como importe de re-



clamaciones por liquidar, y enteramente inadmisibles la petición de setenta y cinco millones de francos por el crédito Jecker, fué por lo que no llegó á remitirse el ultimatum en que se habia pensado, en cuyo lugar se mandó un documento verdaderamente insustancial. ¿Se concibe que un ministro imperial pueda tergiversar así hechos bien conocidos de todo el mundo? El cargo de ignorancia supina ó profunda mala fé, se presenta aquí con toda su fuerza, y en cualquier extremo es de una gravedad inmensa por el carácter del funcionario en quien recae.

Al mismo sistema de desfigurar la verdad corresponde la otra aseveracion de Rouher de haberse negado Juarez rotundamente á aceptar el ultimatum, poniendo así á las fuerzas aliadas en la necesidad imprescindible de avanzar hasta la ciudad de México.

Rouher afirma que el simple embargo de los productos de las aduanas de los puertos, habria sido un remedio ineficaz, contra el que habian protestado de antemano las cámaras de comercio de las principales ciudades del imperio frances. En cuanto á la falta de medios de transporte, apeló el ministro al testimonio del contralmirante Jurien, quien ha declarado que desde mediados de Febrero los tenia á su disposicion, y al testimonio tambien del general Prim, que esperaba poderse poner en marcha para la misma fecha.

Podrá ser exacto, en efecto, que fuera impotente el sistema de limitarse á ocupar los puertos, en cuyo caso convenia á los aliados buscar otro medio de obtener las garantías que venian buscando; pero de la consecucion de esto á la intervencion directa en la forma de gobierno y en el nombramiento de gobernantes, la distancia es inmensa. Otro tanto decimos de los medios de transporte, pues aun cuando fuera indudable, que no lo es, que los hubieran tenido sobrados los

invasores, una vez que al avance inmediato sobre México prefirieron la celebracion de los preliminares de la Soledad, queda demostrado que la salida de las tropas de la zona del vómito se debió á la concesion hecha por el gobierno mexicano.

Ridícula es la explicacion de que los plenipotenciarios franceses firmaron ese convenio de la Soledad, por simple deferencia hácia el que representaba la parte mas militarmente empeñada en la expedicion. No, á nadie puede satisfacer la salida de que en negocios de gravedad inmensa se obre por deferencias personales, en vez de sujetarse á las instrucciones recibidas, ó de adoptar las resoluciones mas conformes al honor y á la dignidad del país que se representa. Miétras mayores son los cargos que hace Rouher á los preliminares de la Soledad, diciendo que daban á las tres potencias el singular papel de auxiliares del gobierno de Juarez; que por una imprudencia imperdonable se permitia la organizacion del ejército mexicano, reduciendo á las tropas aliadas á la dura necesidad de exponerse á la fiebre amarilla; que se consentia en que figurara al lado del pabellon de la Francia, el del que habia dejado asesinar á los franceses; miétras mayores sean tales cargos, decimos, mas injustificable es la conducta de Jurien y Saligny, olvidados de sus deberes mas estrictos por consideracion al conde de Reus. Por otra parte, cualquiera que fuese el verdadero motivo por el que los comisarios de Napoleon habian puesto su firma al pié del convenio, una vez puesta, el honor mandaba respetarla, léjos de hacer la increíble declaracion de que esa firma no valia mas que el pedazo de papel en que se habia estampado.

Los supuestos atentados del gobierno de Juarez, miétras corria el plazo señalado para la apertura de las negociacio-



nes, han sido ya desmentidos mil veces de una manera victoriosa. Las quejas de Prim, consignadas en su carta al almirante de 20 de Marzo, quedaron plenamente satisfechas. Las aseveraciones del ministro prusiano fueron descartados embustes de ese enemigo de México, que no pudo citar hecho alguno en comprobacion de lo que decia. No fué, pues, del gobierno mexicano de quien procedió la violacion del tratado, sino de los plenipotenciarios franceses, cuya conducta fué tan oprobiosa, que se vieron obligados á abandonarlos los comisarios español y británico.

Para dar un barniz de justificacion á la intervencion en los negocios de México, emprendida ya solamente por cuenta y riesgo de la Francia, se valió Rouher del inadmissible argumento de que la presencia de la bandera francesa en el Golfo mexicano representaba la proteccion de los súbditos del emperador en toda la extension de la América del Sur. Partiendo de este principio falso, se entró en una larga é inútil digresion sobre la importancia del comercio frances con las repúblicas de las Indias Occidentales. Inútil decimos, porque no hay conexión alguna entre la proteccion de los franceses en los países que fueron colonias españolas, y el hecho de venir á una de ellas, so pretexto de obtener garantías y seguridades, á dominarlo por la fuerza, á cambiar su gobierno y sus instituciones. Si alguna influencia pueden ejercer los acontecimientos que están pasando en México, en la suerte de los franceses residentes en las repúblicas hermanas, no puede ser otra ciertamente que la de retirar la benevolencia con que han sido tratados hasta aquí, al ver el modo indigno con que es correspondida.

Tratar con Juarez cuando se retiró el general Prim; tratar con Juarez despues de la derrota del 5 de Mayo, habria sido, en concepto de Rouher, sobrellevar la vergüenza de la

bandera francesa, juntamente con el sacrificio de los intereses nacionales. Tratar con Juarez despues de la toma de Puebla, despues de la ocupacion de México, despues de la entrada á las capitales del interior, equivaldria, segun Rouher, á desmentir la campaña, á desmentir la empresa acometida.

La violencia de los dictérios empleados á falta de razones, para pintar á Juarez con los mas negros coloridos, en nada disminuye la sensatez del consejo dado por Favre y por Thiers de tratar con el gobierno constitucional, único camino que ántes y ahora tiene y ha tenido Napoleon, de encontrar una solucion satisfactoria del mal paso en que se ha metido con una empresa, que el mismo Rouher ha declarado impopular en Francia, desde lo alto de la tribuna.

Tampoco se mostró conforme el ministro de Estado en que se tratara con Almonte, que no representa, segun Favre, cuyas palabras hizo suyas el orador, sino un gobierno provisional debido á la fuerza. Ciertamente no ha de quedar muy agradecida la regencia de los traidores á la calificacion que hizo de su poder el ministro imperial.

A juicio de este, no se puede tratar sino con un gobierno regular, nacido del sufragio universal, cuya libre emision está encargado de proteger el ejército frances, el cual no protegerá, dijo el orador, ni las aspiraciones reaccionarias de monseñor Labastida, ni las cavilidades de Doblado. Si la nacion mexicana adopta la forma republicana, se respetará su voto. Igualmente se respetará, si prefiere constituirse en monarquía. Y si elige al archiduque Maximiliano, la voluntad nacional será para este la mejor de las clientelas.

Cansado es ya por demas el tema insostenible de que pueda haber libertad en la emision de los sufragios, bajo la presion de las bayonetas extranjeras. Disparatado en esta par-



te el juicio de Rouher, es muy digno de llamar la atencion en lo que dice sobre la nueva consulta al pueblo mexicano, acerca de la forma de gobierno á que dé preferencia. Si todavía ahora se va á averiguar si quiere la monarquía y si admite á Maximiliano, ¿cómo es que los periódicos de México dan ya por segura la venida de este para ocupar el trono? ¿cómo es que se ha estado anunciando que el archiduque iba á ser en Paris recibido con el carácter de emperador mexicano? Desearíamos de buena gana la explicacion de estas contradicciones.

El taimado Mr. Rouher no quiso dar á los agentes de Juarez, que supuso ocultos tras de las columnas de la sala en que estaba hablando, el gusto de que pudieran avisar el dia y la hora del regreso del ejército frances. Lo único que se limitó á decir por este motivo, fué que los votos sinceros y ardientes del gobierno imperial, son que el ejército frances deje lo mas pronto posible las playas de México, con tal de que queden garantizados ántes el honor y los intereses franceses, y la seguridad de los compromisos contraidos por el gobierno mexicano. Insistiendo el orador en su propósito de no dar á Juarez ni esperanzas remotas, anunció que lo dejaria huir vergonzosamente á Tejas, sin decirle la última voluntad de la Francia.

Sin necesidad de saber el dia y la hora de la retirada del ejército frances, se sabe ya de una manera positiva que esa retirada no puede ser remota, por la inmensa impopularidad en Francia de la guerra que nos está haciendo su emperador, por el enorme gravámen que está reportando el tesoro frances con el sostenimiento de la expedicion, del que no puede hacerse cargo el exausto erario intervencionista. El honor y los intereses de la Francia, así como la seguridad del cumplimiento del tratado que se celebre, quedarán á sal-

vo en realidad si se trata con el gobierno constitucional, y aparentemente si se trata con otro cualquiera. Tiempo tiene de morirse Mr. Rouher ántes de que vea la huida á Tejas del gobierno de Juarez que, fiel á sus deberes, preferiria sucumbir ántes que abandonar el territorio nacional, si no contara con el triunfo definitivo que ha de alcanzar mas tarde ó mas temprano.

Aunque subordinando el establecimiento de una monarquía en México á la voluntad nacional, se encargó Rouher de sostener que abundan en este país elementos de toda clase, para aquella forma de gobierno. Falso es esto; pero la cuestion no es esa, sino la de determinar si el pueblo desea cambiar las instituciones republicanas, dejándose imponer otras distintas por el extranjero.

Segun Rouher, el ejército frances ha traído á México la victoria, la civilizacion, la justicia, una buena organizacion financiera; y con motivo de todo esto, acabó el orador con el elogio obligado del emperador, autor de una empresa de tan magníficos resultados.

¡Palabrería siempre; vana é insulsa palabrería! La victoria de los franceses, mezclada con sus correspondientes derrotas, significaria, si fuera absoluta, la ignominia del ejército mexicano, la cual no sabemos cómo podria ser benéfica al país. La civilizacion que nos han traído los invasores, está reducida á la violacion de las leyes mas respetables del derecho internacional. La justicia que han venido á administrar, ha consistido en la aplicacion de las penas de azotes, deportacion y fusilamientos, invadiendo atribuciones exclusivas de la soberanía nacional, á la vez que faltando á los principios tutelares del derecho natural, en la sustanciacion de los juicios. De la buena organizacion financiera que tanto se decanta, no conocemos hasta ahora otra manifestacion,



que la del sistema práctico de cogerse lo ageno. Males, pues, de inmensa gravedad, no beneficios ni favores, han sido hasta ahora los verdaderos resultados de una empresa pirática, que cubrirá en la historia de ignominia á su autor.

La patente insustancialidad del discurso de Rouher no sirvió de embarazo para que la mayoría del cuerpo legislativo, servilmente supeditada al poder reinante, cubriese al orador á cada paso de bravos y aplausos, cual si hubiera sido un prodigio de elocuencia. Esa misma mayoría tapó obstinadamente la boca á los diputados de la oposicion, que se afanaban por replicar á los débiles sofismas del ministro de Estado. Como si se hubiese hecho ya un insigne favor á esos representantes del pueblo, con permitirles hablar una sola vez, no hubo forma de que se consintiera en la prolongacion de un debate de inmensa gravedad. Repitiéndose la escena que se ha representado siempre en casos idénticos, los gritos ¡á la votacion! ¡á la votacion! se sobrepusieron á todos los esfuerzos de los oposicionistas. El resultado del escrutinio fué el de doscientos un votos contra la enmienda, y cuarenta y siete en pro.

Débil como es aún la minoría para luchar contra los secretarios del poder, notabilísima es ya la diferencia entre los cuarenta y siete miembros actuales de la oposicion, y los cinco á que estaba reducida en el anterior cuerpo legislativo. La importancia personal de los disidentes los hará superiores á sus contrarios, donde quiera que los votos no se cuentan, sino que se pesen. Y por último, el hecho bien averiguado, y aun confesado por los mismos órganos del gobierno imperial, de que los que claman por la terminacion de la guerra de México son los genuinos representantes de la opinion pública, no deja duda de que bajo todos aspectos quedó mal parado el emperador Napoleon en la batalla par-

lamentaria que libró últimamente, y en cuyos pormenores hemos tenido que detenernos tanto por su notoria importancia.

Tambien en los Estados Unidos sigue progresando nuestra causa de una manera palpable. Mas de una vez hemos tenido ocasion de lamentarnos de la meticolosa circunspeccion con que el gabinete de Washington ha estado evitando á todo trance un conflicto con el frances. La publicacion de los documentos diplomáticos, hecha recientemente por Mr. Seward, ha acabado de poner en claro este punto, al extremo de dar lugar á que el *Herald* de Nueva-York haya hecho á ese secretario de Estado la fundada acusacion de que, mientras se mostraba arrogante y belicoso con la Inglaterra, llevaba la complacencia con la Francia hasta el último grado. Pues bien; es tal la influencia de la opinion pública, y tan decididos á favor nuestro los sentimientos íntimos del mismo gobierno norteamericano, que en una nota importantísima los ha consiguado.

Empeñada la política napoleónica en elevar al trono de México al archiduque Maximiliano, á pesar de que aparenta todavía que deja la resolucion de este punto al pueblo interesado, dijo Drouyn de L'huy á Mr. Dayton, ministro de los Estados-Unidos en Paris, que el reconocimiento del nuevo imperio por aquella república, aceleraria la retirada del ejército frances del suelo mexicano. Dayton comunicó la indicacion á Seward, y éste le contestó, el 23 de Octubre de 1863, en los términos siguientes: "Refiriéndose á estos hechos, indica Mr. Drouyn de L'huy que un pronto reconocimiento del propuesto imperio por los Estados-Unidos seria conveniente para la Francia, á la que aliviaria mas pronto de lo que seria posible de otro modo en las actuales circunstancias, de sus trabajosas complicaciones con México.



Por fortuna no se ha dejado ignorar al gobierno frances que, á juicio de los Estados-Unidos, el establecimiento permanente de un gobierno extranjero y monárquico en México, no es fácil ni deseable. Informará vd. á M. Drouyn de L'huys, que este concepto no ha sufrido alteracion. Los Estados-Unidos, por otra parte, no pueden anticiparse á la accion de México, ni tienen la menor intencion ó deseo de intervenir en sus actos, ó de coartar ó ingerirse en su libre eleccion, ó de perturbarlo en el goce de cualquiera forma de gobierno que, en ejercicio de una absoluta libertad, tenga por conveniente establecer. Es tambien oportuno que M. Drouyn de L'huys sepa, que los Estados-Unidos continúan considerando á México como teatro de una guerra que no ha terminado aún con la subversion del gobierno existente allí por mucho tiempo, con el que los Estados-Unidos conservan relaciones de paz y sincera amistad; y que por este motivo, los Estados-Unidos no están ahora en libertad para ocuparse de la cuestion de reconocer á un gobierno que pueda sustituir á aquel, en las futuras contingencias de la guerra."

No obstante ser tan incisivas casi todas las frases del interesante documento anterior, los periódicos de México han tenido el descaro de reproducirlo en sus columnas con aire de triunfo, como favorable á la causa intervencionista, simplemente por no mostrarse los Estados-Unidos decididamente hostiles contra ninguna forma de gobierno. Nadie habia dudado jamas, que en caso de que el pueblo mexicano adoptase la monarquía, en uso de la soberanía que le incumbe, sin presion extranjera, con absoluta libertad, los Estados-Unidos respetarian y reconocerian esta resolucio, á pesar de su preferencia por las instituciones republicanas. Nada nuevo se ha consignado de consiguiente en la nota de Seward, respecto de este punto esencial. Lo que sí resalta en ella, y

os periódicos de México han sido muy torpes en no reconocer, es la declaracion explícita de que ni es fácil ni deseable un gobierno extranjero y monárquico; las indirectas bien comprensibles para el buen entendedor, de que no debe una potencia extraña ingerirse en los negocios de otra, para coartar su voluntad; el desaire redondo al gobierno frances, sin embargo de las contemplaciones con que se le trata, al negarse á acceder á su peticion sobre el reconocimiento de Maximiliano; la advertencia de que vive todavía ese gobierno constitucional, al que tanto se alegrarian Rouher y otros muchos de ver huir á Tejas, y el recuerdo de que con ese gobierno está en relaciones el de Washington, profesándole sincera amistad.

Miéntras el gabinete presidido por Seward sale así de su acostumbrada timidez para dar una leccion severa á Drouyn de L'huys, el senado y la cámara de diputados de los Estados-Unidos dan á su vez muestras del interes que les inspira nuestra causa. El senador Mac Dougall, tan amigo de México en todas ocasiones, ha presentado unas proposiciones belicosas, en que despues de declarar atentatoria la ocupacion de México por el ejército frances, señalaba un breve plazo para la retirada de este, bajo el concepto de que de no ser efectuada, entrarian los Estados-Unidos en guerra con la Francia. No nos hacemos la ilusion de creer que pase en el senado resolucio tan avanzada; pero ha sido ya mucho conseguir que, en vez de negarse á que fuera admitida á discusion, como ha sucedido otras veces con proposiciones semejantes, se haya pasado á la comision de relaciones exteriores para que la examine. En cualquier sentido que la comision abra dictámen, habrá lugar á un debate, en que se pronunciarán frases bien duras para los oidos imperiales de Napoleon.



En la cámara de diputados ha iniciado Mr. Kasson una mocion, de ménos bélicas tendencias, para que se haga constar el desagrado con que el congreso de los Estados-Unidos ve la intervencion francesa en México. Segun los informes que tenemos, no solamente era segura la aprobacion de la mocion mencionada, sino que habia esperanzas de que fuera aprobada por unanimidad.

Si en las regiones oficiales, en las que es tan obligatoria la circunspeccion, asoman ya estos síntomas de rompimiento con nuestros invasores, la atmósfera no oficial está impregnada, por decirlo así, del vivo deseo de llegar á este desenlace, proclamado á voz en cuello diariamente en los periódicos y en las reuniones populares. Entre las manifestaciones que se reproducen en este sentido con asombrosa multiplicidad, mencionaremos ahora la de la sociedad filodémica, que ha nombrado socio honorario á nuestro ministro en Washington, remitiéndole una enérgica protesta contra los planes de Napoleon en nuestro suelo.

Todo, pues, pone ya en estado de evidenciam, que no bien termine la agonizante lucha en los Estados Confederados, marcará la Union el alto al emperador de los franceses, á quien declarará la guerra en caso de que persista en su atentado. Decimos que la lucha ha entrado en su período de agonía, porque á la inmensa superioridad del Norte, á los importantes triunfos obtenidos últimamente por sus armas, se unen ahora elementos de próxima disolucion de las fuerzas del Sur. Tan escasas están ya de víveres y de forrajes, que esto ha dado lugar á motines formales en el ejército de Lee, á quien no ha bastado su energía para contener el desorden con las severas medidas represivas que públicamente ha adoptado. La desercion es espantosa en las filas de los confederados, habiéndose dado ya el caso de tener que hacer fuego sobre

un regimiento entero, que intentaba pasarse al enemigo. La proclama de amnistía del presidente Lincoln está dando los mejores resultados, siendo grande el empeño con que se acogen á ella los disidentes. Hasta el saqueo é incendio de la habitacion de Jefferson Davis en Richmond, se ha interpretado como una manifestacion de hostilidad contra el sistema que representa. El rigor con que se está llevando á cabo la leva de que se hace uso para reforzar los ejércitos en campaña, y el enorme descuento con que corre el papel moneda de la Confederacion, son motivos permanentes de profundo y general disgusto. Es de presumirse, á pesar de tantas contrariedades, que los rebeldes hagan un esfuerzo supremo en esta primavera para rehabilitar su perdida causa; pero estando en su contra todas las probabilidades, seria un fenómeno asombroso que se logran sobreponer, siquiera fuese temporalmente, á sus potentes adversarios.

La causa intervencionista, tan mal parada en el extranjero, no progresa tampoco en México, como no sea en farsas ridículas y en absurdas apreciaciones.

Es todavía un misterio á lo que ha venido el marques de Montholon, que lleva dos meses de estar en el país sin dar señales de vida. La cuestion de los obispos permanece en *statu quo*: ni ellos amainan en sus exajeradas pretensiones, á impulsos de las cuales se descomidieron con sus auxiliares los invasores, hasta el grado de fulminar excomuniones que alcanzan al mismo Napoleon; ni tampoco el general en jefe del cuerpo expedicionario, ó el nuevo plenipotenciario frances, dan paso alguno, juntos ó separados, ó bien para reprimir la audacia de los turbulentos prelados que se han opuesto á las medidas dictadas en sentido liberal con arreglo á las instrucciones del emperador, ó bien para cantar por el contrario la palinodia, y mostrarse sumisos, con mengua de